



Quintin Metsys.

Hacia el año de 1480, en el barrio del Hospital, de la ciudad de Amberes, se elevaban muchas casitas que pertenecían al convento de las Hermanas consagradas al cuidado de los enfermos, y estaban alquiladas á gentes pobres. La mayor parte de estas casas estaban habitadas por artesanos que de su salario hacían economías, sujetándose á muchas privaciones para poder pagar el alquiler de la semana; y el resto de las casas se hallaba ocupado por personas de edad avanzada, que con el dinero que habían podido ganar en sus juveniles años, estaban reducidas á vivir con la más estricta economía.

En la época á que me refiero, habitaba en una de las mejores de estas casas una viuda con su hijo único. Aunque nada en el mundo poseía esta mujer, la alegría y la felicidad la habían acompañado siempre; soportaba su pobreza con la paciencia más grande, y no hubiera cambiado su humilde condición por otra mejor en apariencia. La laboriosa actividad de su hijo y el dulce afecto que él la profesaba, era la única fuente de su felicidad. Como ella había concentrado todos los sentimientos de su amante corazón en el amor que profesaba á su hijo, sólo bastaba á su dicha el tierno amor y la santa veneración que él la consagraba. En todas sus oraciones y plegarias se mezclaba el

nombre de su hijo, y el amor que le había consagrado era tan inmenso, que su propia personalidad se abismaba, por decirlo así, entera y absolutamente en él. El hijo, que correspondía á su madre con una ternura igual, trabajaba día y noche á fin de que á ella nada le faltara; y cuando llegaba á sorprender en ella el menor deseo, redoblaba su actividad y trabajaba sin descanso, hasta llegar á reunir lo bastante para darle el objeto deseado. El ardor con que trabajaba el jóven en su oficio de herrero le había hecho tan hábil, que nadie le sobrepujaba ni podía vanagloriarse de hacer mejores trabajos ni obtener mayores éxitos y ganancias que él. Esa era una de las razones por las que la habitación de la viuda estaba adornada con más gusto que las otras, siendo considerada la excelente mujer como una de las inquilinas más contentas de vivir en las casuchas pertenecientes al convento de las Hermanas de la caridad. El joven, que todos los días llevaba al trabajo un placer extremo, siempre estaba contento y cantaba sin cesar, por lo que llegó á olvidarse su verdadero nombre para darle el de «herrero feliz.»

Hacia ya algunos meses que toda aquella alegría y felicidad habían desaparecido de la casa de la anciana viuda: ahora allí sólo se vertían lágrimas, se oían tristes suspiros, y los vecinos no se acordaban más de las canciones del joven herrero sino sólo para hacer recuerdos de otros días más felices.

Era un lunes. La viuda, con las mejillas bañadas en lágrimas, estaba sentada cerca del lecho en que se hallaba enfermo su hijo. El robusto joven que durante tantos años había manejado el martillo con destreza y habilidad, y que por su madre había derramado tantos sudores, no era ya más que un descarnado esqueleto. En su desnudo cuello se podía observar el juego de sus enflaquecidos músculos; las clavículas eran tan visibles bajo la piel, como si no estuvieran cubiertas más que por un velo

transparente; todo su cuerpo estaba consumido por la enfermedad. En su rostro no se veía la menor señal de sufrimiento; solamente una profunda tristeza se notaba en su semblante, y se podían leer mil palabras desgarradoras en sus ojos, que tenía fijos constantemente en su madre. Algunas veces una expresión de felicidad llegaba á iluminar su pálido rostro: no era ésta una sonrisa, sino algo incomprensible, acaso un secreto pensamiento que daba más brillo á su mirada y parecía alejarle de la tumba, abierta delante de él; entonces la afligida madre, viendo el rudo combate empeñado en el alma de su hijo, entre la esperanza, el amor y los mortales tormentos que lo aniquilaban, estrechaba su mano huesosa y suspiraba llena de inquietud; una sola palabra se escapaba de sus labios: el nombre de su hijo agonizante:

—¡Quintín!.....¡hijo mío!.....

Después de que ambos quedaron contemplándose por mucho tiempo, la viuda vovió de nuevo á derramar abundantes lágrimas, y al fin dijo con voz ahogada:

—Quintín, mi pobre hijo, ¿no deseas nada?.....¿no tienes sed?

—No, madre mía. ¿Y vos?.....No os veo comer nada... Durante muchos días habéis llorado conmigo, y de ese modo quebrantáis vuestra salud. ¡Oh, qué desdichado soy!..... Moriré, bien lo conozco, pero no de la enfermedad del cuerpo: ésta podrá tal vez acabar con mi vida. Pero hay una cosa ¡Dios mío!..... una cosa que desde hace largo tiempo me va acercando con rapidez hacia la tumba, que me quita todo reposo durante la noche, que me hace durante el día desear la muerte..... ¡Oh, madre mía!..... ¡madre mía!.....

Y un torrente de lágrimas corrió por sus mejillas enjutas por la fiebre.

La viuda se levantó, y haciéndose violencia para disimular su tristeza, rodeó con sus brazos el extenuado cuerpo de su hijo, y contuvo con sus besos la corriente de lágrimas que ha-

bía seguido corriendo de los ojos del pobre joven.

—Quintín, —le dijo, —dime lo que de tal manera destroza tu corazón..... Corría tu secreto á tu madre..... Quizás yo sabré curar la amargura que te está matando, y entonces, Quintín, acaso no llegaré á perderte..... ¡Ah, si yo pudiese lograrlo!.....

Quintín guardó silencio; solamente su mirada se fijó más en los ojos de su madre, sin que las lágrimas cesaran de correr por sus mejillas.

—Dime, pues, —replicó la madre, —dime el secreto que guarda tu corazón..... Te lo ruego, habla, en nombre de Dios!.....

Un suspiro, triste como un lamento, se escapó del pecho de Quintín, que se cubrió el rostro con ambas manos, y dijo con una emoción tan violenta, que podía causar serios temores por su vida:

—¡Vos, madre mía, tenéis hambre! Hace tres días que no habéis comido..... ¿Creéis que no lo sé?..... Oh! yo moriré seguramente..... Veo que os vais desmejorando; ya no sois más que una sombra..... ¡y es por mí por quien sufrís, por mí sólo!.....

—¿Qué es eso?—respondió la madre con valor y con un feliz orgullo:—Consuélate entonces, y no aumentes más tus padecimientos. ¡Sufrir el hambre por tí, mi Quintín! ¡por tí!.... Oh! Dios me es testigo de que el sólo consuelo que me queda sobre la tierra, es sufrir por mi hijo!.....

—¡Esto de tener brazos que aún están buenos para hacer alguna cosa,—exclamó Quintín con desesperación;—suspirar por el trabajo como por la felicidad, y saber que nuestra madre perece de hambre, sin poder ganar para ella un miserable pedazo de pan!..... ¡Oh, Dios mío! ¡sería yo indigno de vuestra misericordia, si no dejara hoy mismo de existir!....

Estas palabras fatigaron mucho al enfermo; su cabeza, sostenida un instante por la exal-

tación, se inclinó desfallecida. Pasado un momento, pudo hablar con más calma:

—¿No nos queda, madre mía, nada que tenga algún valor?..... ¿nada que pueda cambiarse por un pedazo de pan?.....

—Nada, hijo mío, —respondió tristemente la anciana;—todo lo he vendido; no hay que pensar más en ese recurso.

El infortunado Quintín se torcía en su lecho con tan violenta desesperación, que se oían crujir sus huesos.

—¡Vos, pues, madre mía, os morís de hambre!—exclamó con una especie de rabia:—¡Yo, que ya voy acercándome al sepulcro, tendré que veros sucumbir junto á mi lecho!..... ¡Oh, no, eso no será!..... Voy á levantarme y á mostraros lo que puede por su madre un hijo que en ella tiene todo su amor..... Dadme mis vestidos, y si antes de dos horas no habéis comido, que Dios me castigue con el fuego eterno..... ¡Oh, madre mía, madre mía, el dulce Jesús no se ha irritado por mis culpables palabras!..... Me siento con fuerzas; renazco á la vida!.....

Se hubiera dicho, en efecto, que el joven Quintín acababa de escapar repentinamente del grave peligro de la enfermedad; movió los brazos como un hombre que se prepara á un fuerte trabajo, y sus movimientos eran tan libres, tan enérgicos, que su madre no sabía qué pensar de semejante cambio; la buena mujer no se sentía con valor para abandonarse enteramente á la esperanza de ver que un milagro se verificase en su hijo, y permanecía estupefacta, dudosa, mirándole con ojos sorprendidos. Quintín, sin embargo, se había puesto sus vestidos con una prontitud extraordinaria; pero si había hecho un esfuerzo para dominar la debilidad de su cuerpo, bien se veía que el cambio que se había operado en su estado era muy poco. Pronto, en efecto, sus movimientos se hicieron más lentos y su respiración fué más fatigada; vencido, sin fuerzas, temblando abrazó de nue-

vo á su madre, y arrojando un «¡ay!» de desesperación, se dejó caer desfallecido sobre una silla.

—¡Oh, querida madre mía!—exclamó:— ¡quería trabajar para vos, pero... no puedo....

En este momento la puerta de la casa se abrió, y una Religiosa del convento entró llevando una canasta colgada de un brazo.

—Madre Metsys, —dijo al entrar, —aquí traigo una cosa para nuestro enfermo Quintín. Pero, ¿qué es esto, mis buenas gentes? ¿Qué desgracia ha sucedido aquí, que allí os veo llorar á los dos?

Ni la madre ni el hijo respondieron á esta pregunta. Como gentes honradas que eran, y que jamás habían implorado los socorros de otras personas, la vergüenza les había impedido dar á conocer sus desgraciadas circunstancias. ¿Cuándo se ha oído al artesano, al obrero trabajador exclamar, sin experimentar un hondo sufrimiento, con una voz suplicante:—Tengo hambre.....?

La Hermana no pareció fijarse en el silencio de aquellos infortunados; colocó sobre una mesa la canasta que llevaba, y sacó de ésta una botella; despues vertió en un vaso una gran cantidad de vino rojo.

—Quintín, -dijo con alegría, - hé aquí lo que os dará valor y os fortalecerá: tomad, bebed lo que os ofrezco.

—Si mi madre bebe de este vaso, -dijo Quintín con una fisonomía suplicante, —prometo oír diez misas por vos, hermana Ursula.

—Bebed, —replicó la Hermana;—también dará un vaso á vuestra madre.

—Oh! en ese caso, oiré veinte misas! —exclamó el jóven emocionado y con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando la anciana y su hijo, obligados por tantas instancias, hubieron cada uno bebido un vaso de vino, la hermana llevó su canasta y presentándola á Quintín, dijo á éste:

—Mirad, aún tengo aquí otra cosa.....

Apenas Quintín miró al fondo de la canasta, levantó los ojos al cielo, y exclamó:

—Buena Ursula, no sabéis lo que nos habéis traído. Sólo á vos me atrevo á decirlo, á vos, que, como un ángel de misericordia, habéis venido á consolarnos.....Hermana mía..... hermana mía, hace ya tres días que nada ha comido mi anciana madre, y se muere de hambre!.....

—¡Oh!.....¡Señor Dios!.....¿es posible?—exclamó la Religiosa. —Despachaos, pues; aquí tenéis un pan de trigo y un buen pedazo de carne.

La emoción de la viuda era tan grande, que no pudo tocar el pan: quizá éste no le era tan necesario, porque el viro que había bebido la había dado algunas fuerzas. Mientras que la Religiosa la obligaba á comer, Quintín había llevado insensiblemente hacia él una de las manos de la Hermana Ursula, sin que ésta se hubiera dado cuenta de ello. Mas al cabo de algunos instantes, la hermana retiró vivamente su mano, exclamando:

—Pero, Quintín, ¿qué es lo que hacéis?

—Perdonadme, hermana mía, —dijo el jóven; —oh! no os enfadéis si he mojado vuestra mano con mis lágrimas: son lágrimas de respeto y de gratitud.

La Religiosa se ruborizó, poseída de un sentimiento de confusión, porque la mirada de Quintín se fijaba en ella, animada de un fuego extraordinario; se hubiera dicho que el jóven estaba en adoración delante de ella. Para salir de esta situación embarazosa, se puso á hablar luego de otras cosas.

—Sí, madre Metsys, —dijo;—hay muchas gentes enfermas ahora; aquí mismo, en la vecindad, hay tres que se hallan sufriendo terriblemente: Veken el tejedor, el carpintero Balens y Hans el tapicero. A los dos primeros llevo algunas cosas cuando logro obtenerlas; pero el tapicero Hans trabaja en su lecho para nuestro convento.....

—¿Qué hace Hans para vuestro convento, hermana mía?—dijo Quintín interrumpiéndola precipitadamente.

—Da color á las imágenes,—respondió la Hermana;—no lo hará acaso muy bien, pero como está enfermo, no nos fijamos mucho en esto. Tomad, aquí traigo justamente lo que acabo de recoger de él.

Y sacó de su canasta un paquete de imágenes, que dió á Quintín, quien se puso á examinarlas una por una atentamente.

—Hermana mía,—dijo el joven después de un momento,—me parece que yo podré iluminar imágenes mejor de lo que están éstas.

—Oh! ¡queréis reiros, Quintín!..... Hans el tapicero todos los días da color en sus tapices; por consiguiente, si ahora hace esto, es porque tiene algunos conocimientos en Pintura; pero vos, que sois herrero, ¿cómo queréis ejecutar esa clase de trabajo?

Quintín se levantó vivamente, y dirigiéndose á la Hermana le dijo:

—Hermana Ursula, aquí no hay ni herrero, ni tapicero, ni pintor que sepa hacer una máquina como la que Quintín Metsys ha hecho en el Mercado de Zapatos..... Es verdad, jamás he hecho uso de los colores, y acaso al principio podría echar á perder algunas imágenes; pero no olvidéis, hermana mía, que un hijo que trabaja para su madre no es un obrero ordinario. Tal vez pueda lograr lo que deseo, y alguien me lo dice así en el fondo de mi alma.

—Y bien, Quintín, aquí tenéis imágenes. Tratad de hacer lo que podáis. Que vuestra madre me acompañe al convento para darle colores y pinceles.

—Id, madre mía, id pronto,—exclamó Quintín transportado.—Oh! al fin voy á trabajar, y si mis esperanzas son premiadas, sanaré, estoy seguro, y no sufriréis más hambre por culpa mía..... Id pronto!.....

Cuando su madre salió con la Hermana, tomó el joven las imágenes una después de otra,

pensando en los colores de que debía hacer uso en las diferentes partes de cada una de ellas: aquí del azul, allá del amarillo, acá del rojo ó del verde. Con estos pensamientos sintió tal excitación, que sus amarillentas y enflaquecidas mejillas se encendieron con el color de una sangre generosa. Recorría con su dedo sobre las figuras, como si ya estuviera ocupado en pintarlas. Las imágenes que tenía á su vista estaban muy lejos de ser buenas y sus defectos no escapaban á Quintín, porque durante los años de su aprendizaje se había familiarizado con el dibujo; los trabajos de arte que había ejecutado en su oficio, eran un testimonio de su experiencia y su buen gusto.

Cuando su madre estuvo de vuelta con los colores, el joven se volvió á su lecho, colocó delante de él una tabla cuadrada, y casi sentado comenzó á trabajar. La anciana estaba de tal manera curiosa por ver el resultado del trabajo de este hijo tan empeñoso, que seguía con una atención llena de ansiedad todos los movimientos del pincel. Aunque Quintín trabajaba con bastante lentitud, al cabo de una hora había ya iluminado una imagen con los más bellos colores, dándole tos tintes más delicados. Orgulloso de su propia obra, exclamó:

—¡Oh, madre mía!..... mirad..... pronto estaré curado; esto sobrepaja á mi esperanza.

La anciana no conocía nada del arte sobre el que Quintín parecía consultar su juicio; pero se dejó seducir por el brillo de los colores, y se detuvo estupefacta y muda de admiración ante la imagen iluminada.

—Quintín,—dijo de repente,—si yo le llevase al convento para que la vieran.....?

—Esperad, madre mía, á que haya hecho otras. Prestadme esa para iluminarla.

—¿Vas á pintarlas todas de la misma manera, Quintín?

—No, madre mía; pero ésta tiene muchos defectos, y quiero verlos, para corregirlos al iluminar la segunda.

La anciana estaba tan alegre, como si una increíble felicidad le hubiera sobrevenido; lo que la encantaba, no era el ver que su hijo supiera dar tan bien colorido á las imágenes, de cuyo trabajo apenas se prometía algunos francos, suponiendo que fuera aceptado: lo que la regocijaba era el ver el contento de su hijo que, sostenido por la pasión al trabajo, parecía encontrarse mucho mejor, y después de haber concluido la tercera imagen, había dejado oír, á manera de exclamación, las primeras palabras de una de sus canciones hasta entonces olvidadas. De cuando en cuando, en su enagenamiento, la anciana interrumpía la ansiedad del pintor para abrazarle, y éste decía sonriendo:

—Dejadme trabajar, madre mía: así me impedis continuar.

Cuando la cuarta imagen fué terminada, la buena mujer insistió de tal manera en llevarlas todas á la hermana Ursula, que el joven acabó por consentir en ello, y la madre Metsys corrió lo más de prisa que le fué posible, al convento. Llamó á la puerta con precipitación, y esperó, con el corazón palpitante, que viniesen á abrirle.

Una Hermana de edad avanzada se asomó por el postigo, y viendo que era una mujer pobre la que había llamado, abrió lentamente, y preguntó:

—¿Qué queréis, buena mujer?

—¿Está la hermana Ursula en el convento?

—No, ha salido; volved mañana.

A estas palabras, tomó la puerta, é hizo á la anciana una señal que quería decir:—Retiraos, que voy á cerrar.

La madre Metsys sintió un vivo pesar al no encontrar á la hermana Ursula, y, como detenida por un sentimiento más fuerte que ella, no pudo dar un paso para alejarse del convento.

—¿Tenéis todavía algo que decir?—preguntó la Hermana.

—Sí, hermana mía,—respondió la anciana sacando las imágenes de bajo del brazo que las cubría:—tened la bondad de entregar estas imágenes á la hermana Ursula, y decirle que ha sido Quintín Metsys, el herrero, quien las ha.....

—¡Ah, Dios mío! ¡qué horribles imágenes!—interrumpió la Hermana:—Esto causa mal á la vista.....Ni por todo el oro del mundo quisiera tener una imagen semejante en mi libro de oraciones... Sin embargo, yo las entregaré á la hermana Ursula.....

—¿Es que no están buenas, Hermana mía?—preguntó la anciana madre con inquietud.

—¡Ah, qué horror!—respondió bruscamente la Hermana.

Después de esta exclamación, ¿qué esperaba aquella pobre madre? Fué necesario resignarse á partir.

Con el corazón desgarrado y el alma llena de tristeza, volvió al lado de su hijo. ¿Le diría el resultado de sus pasos, arrojándole así en una mortal desesperación? ¿Y podría contener sus lágrimas y permanecer bastante dueña de sí misma, para no dar á conocer la acogida con que había sido recibida? Empero, muy sin razón se afligía por las duras palabras de la Hermana, porque éstas habían tenido enteramente otro sentido del que les atribuía la madre Metsys. Para comprender su error, es preciso saber que las imágenes iluminadas por Quintín representaban leprosos, tullidos y apestados: el jóven herrero había puesto tanta naturalidad en los colores, —acaso aun había exagerado la naturaleza por exceso de sentimiento,—que la Hermana, viendo escenas tan espantosas, y conmovida por tanta verdad, había sentido disgusto y dejado escapar la exclamación: ¡qué horror!

La madre de Quintín, ignorando el motivo de esta exclamación, había comprendido que la Religiosa encontraba malas las pinturas. Apenas había entrado á su habitación, cuando ya su hijo había exclamado:

—Y bien, madre, ¿qué os ha dicho?

La pobre mujer cayó, deshecha en llanto, en los brazos de su hijo, sin poder pronunciar una sola palabra; en medio de sus lágrimas, llenaba de apasionadas caricias á su pobre hijo, que ocultaba su cabeza en el seno de su madre. Cuando más intolerables eran las desgracias para estos seres infortunados, más se exaltaba su amor. Si sus ahogados suspiros no revelaran su sufrimiento, se hubiera creído fácilmente que estaban arrebatados de alegría, porque mutuamente se daban las pruebas más vivas de una ardiente ternura. El íntimo dolor que los martirizaba, les hacía consolarse recíprocamente, porque ambos comprendían la extensión de su miseria. Al fin Quintín habló:

—Madre, mi querida madre, ¿qué hacer?..... Todo nos engaña, todo es en contra nuestra.....

—Hijo mío, —exclamó con desesperación la anciana:—yo te he nutrido con mi leche, he trabajado siempre por tí como una esclava, desde que eras muy niño. Tú también me has amado como un buen hijo, y por medio de un penoso y continuo trabajo has satisfecho las necesidades de tu anciana madre. Y bien, Quintín, si es necesario..... si es preciso que muramos, si la muerte te lleva al sepulcro, si yo perezco de hambre..... ¡oh! nos queda á lo menos una feliz certidumbre: los dos moriremos juntos!.....

Un prolongado y estrecho abrazo siguió á estas palabras; no se oía en la habitación más que las penosas respiraciones de dos pechos oprimidos por el dolor, y algunas veces una voz apagada que murmuraba:

—¡Oh, madre mía!..... ¡querida madre mía!.....

Hacía ya mucho rato que se hallaban estrechamente abrazados, silenciosos y llorando, cuando oyeron repentinamente una voz que preguntaba desde la puerta:

—¿Aquí vive el herrero Quintín Metsys?

La anciana se apresuró á secar sus mejillas

empapadas de lágrimas, y se dirigió á abrir la puerta; pero antes de que hubiera hecho esto, cuatro personas penetraron á la vez en la habitación. Las dos primeras eran la señora Abadesa del convento de las Hermanas de la Caridad y un sacerdote que la acompañaba; en seguida venía la hermana Ursula, y tras de ésta otra religiosa llevando un libro bastante grande. Estas cuatro personas fijaron con admiración los ojos en Quintín, quien había arrojado al suelo su pincel, y que, inquieto y avergonzado, esperaba una severa reprimenda.

La Abadesa se le aproximó, y mostrándole las primeras imágenes á que él había dado color, le preguntó con una voz que revelaba una grande benevolencia:

—¿Sois vos, joven, quien ha dado color á estas imágenes?

—Sí, señora Abadesa, —respondió Quintín con el corazón oprimido:—mas yo espero que, si tengo la dicha de obtener vuestros bondadosos favores, podré, con el tiempo, adquirir más habilidad..... Perdonadme, venerable señora, el haber echado á perder esas imágenes..... ¡perdonádmelo, en nombre de mi desgraciada madre!.....

—¿Qué decís?—exclamó la Abadesa con admiración.—Sois muy modesto, joven. He venido para deciros que jamás hemos visto más hermosas imágenes que las que vos habéis iluminado.

Estas palabras hirieron como un rayo á Quintín; su rostro, ya pálido, se tornó lívido; todo su cuerpo temblaba, como poseído de un mal repentino. De súbito tendió los brazos á su madre, exclamando:

—¡Oh..... madre...querida madre mía!.....

La feliz anciana le comprendió: con un arranque apasionado, se precipitó y cayó sollozando sobre el pecho de su hijo. Ante este conmovedor espectáculo de amor y felicidad, las cuatro personas que allí se hallaban se sintieron

tan vivamente emocionadas, que las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Quintín Metsys,—dijo la Abadesa,—¿queríais hacer alguna cosa para mí?

Al oír la voz de la Abadesa, la anciana dejó de estrechar las manos de su hijo. Quintín, sumergido en una especie de éxtasis, respondió:

—Hablad, señora; soy vuestro obediente servidor.

La Abadesa tomó el libro de las manos de la Religiosa, y mostrándolo al joven, preguntó á éste si quería dar color á las imágenes de la Pasión de Nuestro Señor que allí se encontraban. Quintín respondió que no se atrevía á emprender este trabajo, por el temor de echar á perder el precioso misal; pero los elogios que le fueron prodigados por la Abadesa y por el sacerdote, le dieron valor para aceptar tan delicado trabajo. Desde el momento en que el joven así lo prometió, las cuatro personas que allí habían ido se prepararon á salir; pero antes de hacer esto, la hermana Ursula se acercó á Quintín, y le dijo al oído:

—Continuad, joven. La señora Abadesa está satisfecha al más alto grado de vuestros trabajos, y hará conocer el mérito de ellos.

Y con una voz más dulce añadió:

—Vuestra madre ya no sufrirá ninguna privación: tened valor!.....

No podría imaginarse la dulce sensación que estas palabras llevaron al corazón de Quintín: dirigió una mirada de gratitud á la Hermana Ursula, y dijo con voz muy conmovida:

—Yo siempre rogaré por vos, y mi madre lo hará también!

Luego que la Abadesa salió de allí con las demás personas que la habían acompañado, la venturosa madre corrió hacia su hijo, y arrojando dos florines de oro sobre la paleta, exclamó:

—Mira, Quintín, mira lo que la Abadesa me ha dado como precio de tu trabajo. ¡Somos ri-

cos, hijo mío, inmensamente ricos!..... Pronto voy á buscar todo lo que te ha faltado en tu enfermedad..... Y sanarás, mi querido hijo..... Nuestros males han pasado ya, y al fin vamos de nuevo á vivir felices!.....

—¿No os he dicho que un hijo que trabaja para su madre, no es un obrero ordinario?..... Oh! sí: el dolor que he sentido al veros sufrir, me ha hecho pintor. Ha sido el mismo Dios quien ha dirigido mi débil mano!.....

Quintín trabajó largo tiempo en el libro de la Abadesa, y cuando terminó sus tareas, se notó en ellas un maravilloso progreso, que le valió una generosa remuneración. Después se le encomendaron otros trabajos del mismo género, que ejecutó siempre á satisfacción de todos. Enfadado de dar color á imágenes impresas, se dedicó á pintar, componiendo él mismo el asunto de sus cuadros; y aunque al principio tropezó con algunas dificultades, en poco tiempo consiguió vencer todos los obstáculos que le presentaba la práctica del arte. Habiendo durado aún débil y enfermo, durante diez meses, no pudo salir de su casa; pero aprovechó ese tiempo, aprendiendo todo lo que pudo. Cuando salió por primera vez, por todas partes fué saludado como un pintor célebre. El dinero no llegó ya á faltarle, y fué á habitar con su anciana madre una linda y elegante casa. Ya establecido en ésta, siguió siempre cuidando á la que le dió el sér, con el amor y la ternura con que siempre lo había hecho; hasta que, feliz esta madre de haber visto que su hijo había llegado á ser la gloria de su patria, tranquila y dichosa cerró los ojos para siempre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO



LA MODERNA NIOBE.

Dios quebranta lo que no quiere doblegarse bajo su mano.—J. CATS.

A mediados de 1832, vivía en Amberes una viuda rica llamada Clotilde de Valburg. Como era de una notable hermosura y no carecía de eso que se ha convenido en llamar *sprit*, se creía—¡rara pretensión!—llamada excepcionalmente á gozar de todos los placeres y alegrías de este mundo. Como todas aquellas mujeres que han pensado de este modo, á Clotilde le causaban miedo los pensamientos serios y las generosas emociones, como si éstos fueran enemigos de una vida dulce y apacible; por el mismo motivo permanecía insensible á todo lo que no tocaba directamente á su felicidad, tal como ella la concebía. Un desgraciado era para la viuda un objeto de indiferencia, si no de aversión; para sus propios hijos no tenía, aunque éstos eran tan bellos como unos ángeles, esa viva afección maternal, último sentimiento que abandona al corazón de una mujer. Pero un vestido que no estuviera hecho á su gusto, la vista de una joya en el cuello de otra mujer, ú otra frivolidad cualquiera del mismo género, ejercían sobre ella tal influencia, que muchas veces se la hubiera creído víctima del más grande infortunio.

Se hallaba un día esta mujer en un salonci-

to de su espléndido palacio. Reecostada sobre un diván de damasco color de fuego, fijaba negligentemente los ojos en las páginas de una novela cuyas lecciones podían ser ó no morales. ¿Leía? Tal vez; pero quien la hubiera visto sin conocerla, hubiera podido creer que la indolencia la impedía abrir enteramente los ojos.

Todo en el saloncito revelaba la riqueza y los gustos frívolos de la que lo habitaba; la chimenea y las tablillas de las ventanas estaban cargadas de esos objetos frágiles cuyo uso es un enigma para los que los poseen como para los que sólo los ven, y que con más frecuencia no se diferencian de los juguetes de los niños, más que por su precio. La luz que penetraba á esta voluptuosa estancia, no era pura y viva como la luz del sol, porque al cruzar por los vaporesos cortinajes se trasformaba en un tinte rosado que daba á todos los objetos un matiz suave é indeciso. Este salón estaba, sin embargo, animado con la presencia de seis encantadores niños que, temiendo hacer el menor ruido, estaban sentados sobre la alfombra, ocupados en ver las pinturas de un libro de grandes dimensiones. No se atrevían á hablar ni á expresar su alegría ó su animación, más que por señas y gestos: sabían que al menor desorden, su madre los enviaría inmediatamente á otra habitación. El mayor de estos hermosos niños podía tener doce años, mientras que el más pequeño apenas contaría tres. Tres de estos niños eran hombres, y mujeres los otros tres; parecían amarse tiernamente, porque una dulce y cariñosa sonrisa iluminaba sus rostros, y sus manecitas se buscaban con frecuencia.

Muchas veces he visto escenas como ésta, reproducidas por el pincel: un grupo de niños hermosos como los ángeles, emblema de los placeres puros é inocentes. Sí: en estos rostros serenos que no han sido marchitados por ninguna inquietud; en estos cabellos rubios que la edad ni el trabajo han cambiado; en estos

bracitos y estos miembros delicados que los trabajos no han fatigado, que no han consumido los excesos..... sí, allí está la naturaleza humana con toda su frescura, encantadora y llena de vida, como las hojas y las flores con que comienza á sonreír la primavera!.....

¿Y creéis que la mirada de la madre se fija con preferencia en estos ángeles adorables, que en el libro de un escritor inmoral?..... No, su mirada no es para sus hijos..... Y sin embargo, su corazón no carece enteramente de sentimiento maternal; pero ocupan en él más lugar los encantos y las seducciones de la vida mundana.

Cerca de una hora hacía que estaba sentada en el diván, sin haber hecho ningún movimiento, cuando llamaron suavemente á la puerta. Un criado entró en el salón, y dijo inclinándose:

—Señora, desde hace algunos días ha venido cuatro veces una mujer que quiere veros. Yo la he despedido siempre..... parece una mujer del pueblo.....

—Has hecho bien, Pedro: que se me deje en paz; no estoy visible para tales gentes. Pero si M. Eugenio de Valenge se presenta, introducidle y mostraos muy deferente con él. Ya lo sabéis, es el joven que ayer me acompañó al volver del concierto.

El criado hizo con la cabeza una señal afirmativa y replicó:

—Olvidaba deciros, señora, que la mujer de que os he acabado de hablar, espera vuestra contestación en la antecámara. Lloro que parte el corazón, y parece que quiere implorar una gracia de vuestra bondad.

La señora de Valburg se levantó del diván, y golpeó con su pié dos ó tres veces sobre la alfombra, manifestando una grande impaciencia. En seguida exclamó:

—¿No podré nunca descansar?..... ¿Y qué especie de mujer es esa? ¿Cómo se llama?

—Señora, está pobremente vestida, y se ha

hecho anunciar con el nombre de Carolina Soeteveld: dice que es vuestra cuñada.

Apenas habían sido pronunciadas por el criado estas últimas palabras, la sangre afluyó violentamente al rostro de Madame de Valburg, quien, extendiendo luego imperiosamente la mano, respondió con cólera:

—Pedro, os he prohibido dejar entrar á esa mujer; id y decidle que no estoy en casa.

Pero apenas el criado había salido, cuando se oyeron en la antecámara gritos desesperados y como el ruido producido por una lucha. La puerta del salón se abrió de repente, y una mujer, joven aún, se precipitó en la estancia y fué á caer á los pies de Madame de Valburg. Esta enrojció de cólera ó de confusión, «cascó de ambos sentimientos á la vez; levantó orgullosamente la cabeza y lanzó una mirada de menosprecio á la infortunada que tendía hacia ella sus manos suplicantes.

Madame de Valburg hizo una seña á sus hijos para que salieran de allí, después de lo cual, dijo volviéndose hacia la mujer arrodillada:

—Y bien, ¿qué significa esto?..... ¿á qué viene esta comedia?..... Decid pronto: ¿qué queréis de mí?

La joven dirigió una mirada suplicante á Madame de Valburg, y exclamó sollozando:

—¡Oh, señora, no me habléis así! Soy muy desgraciada y tengo una congoja mortal. ¡Tened piedad de una infortunada que implora de rodillas vuestro socorro!.....

La insensible Clotilde, dejando arrodillada á la pobre joven, se alejó de ella algunos pasos; volvió luego á tomar su libro, y respondió con fingida calma:

—No tengo tiempo para escuchar todas esas lamentaciones..... Si deseáis alguna cosa de mí, no es esta manera dramática de entrar en materia la que os llevará á vuestro objeto; pero ya que no es posible dajar de oír vuestra historia, seguid, y hacedla lo más breve que podáis.

Fácil era ver que estas palabras, pronuncia-

das con un tono agrio, herían vivamente á la joven; pero sin duda un motivo secreto la obligaba á soportarlas, porque torcía sus brazos con angustia, y la expresión de su rostro parecía decir: ¡Dios mío! ¿es posible que pueda yo devorar esta afrenta!... En seguida se levantó, y dijo con una voz mal segura:

—Señora, una imperiosa necesidad me ha obligado á dar este paso, porque sé que los lazos de sangre que nos unen, son para vos más bien un motivo de odio que de afecto. Pero tened piedad de nosotros, ¡os lo suplico! ¡Salvadnos del deshonor y de la miseria! ¡No seáis insensible á mi ruego, y siempre bendeciré vuestro nombre!

Por toda respuesta Madame de Valburg tomó de la mesa una campanilla de plata y la agitó dos ó tres veces.

—Pedro, —dijo al criado que vino á recibir sus órdenes, —decid que enganchen mi carruaje.....

Y volviéndose hacia la llorosa joven:

—Mirad bien, —le dijo, —que si continuáis así, no tendré tiempo de escucharos hasta el fin. Una vez más, os pido que seáis breve.

Un ligero rubor, indicio de una sorda indignación, encendió las mejillas de la infortunada; pero se contuvo de nuevo, y dijo con voz rápida:

—Señora..... hermana mía..... Bien sabéis que aunque hemos vivido llenos de necesidades, nunca, hasta ahora, hemos acudido á vuestra ayuda; mi marido es activo, trabajador, y sabemos contentarnos con poco; pero hoy parece que nos ha abandonado la Providencia..... Dos años hace ya que mi marido perdió su empleo, y desde ese fatal acontecimiento hemos vivido de promesas y de esperanzas. Seis meses hace que hemos establecido un comercio en pequeño, y para esto hemos tomado á préstamo una suma importante; pero un hombre desleal nos ha engañado, y lo hemos perdido todo. Mi marido está preso por no haber podi-

do pagar una libranza; uno de mis hijos está en el hospital; nuestros muebles serán embarcados; pasado mañana seré arrojada de la casa en que vivo; no tengo ni dinero ni pan, y sufro por todos los seres que me pertenecen: por mi marido, cuyo honor está en peligro; por uno de mis hijos, que se muere en el hospital; por mi otro hijo, que en vano pide qué comer, á su madre, y que dentro de dos días tendrá, como yo, la calle por asilo y las piedras por lecho... ¡Oh, señora! ¿podéis olvidar en semejantes circunstancias, que vuestros hijos y los míos no son enteramente de diferente sangre? ¿podéis permitir que una madre, una mujer infortunada os deje, sin llevar ningún consuelo de vos, que sois madre también?.....

Madame de Valburg se sintió herida de que la joven la implorase haciendo mención del parentesco que las unía; vió en esto una injuria, y se sintió inflamada por la cólera.

—¿Y qué puedo hacer yo en todo eso?— preguntó con voz ruda.

—Señora,—respondió la pobre madre deshecha en lágrimas,—he aquí lo que imploro de vos: tened la bondad de prestarnos la suma de trescientos francos. Con este dinero, libro á mi marido de la prisión, saco á mi hijo del hospital, y pago la renta de nuestra casa..... Pensad lo mucho que os bendeciremos, á vos, que nos habréis salvado del abismo de la miseria y de la infamia que nos amenazal.....

Durante algunos instantes la joven esperó con ansiedad las palabras que Madame de Valburg iba á pronunciar. Al fin ésta respondió:

—No tengo la costumbre de prestar dinero para hacer ingratos. Si vuestro marido no hubiera llevado en tanto tiempo una vida inútil, no estaríais en el estado en que os veis. No esperéis, pues, que yo emplee mi dinero en fomentar la holgazanería..... Podéis retiraros; ved vosotros mismos la manera de poder salvaros de la miseria en que habéis caído por vuestra propia falta. Si creéis que voy á hacerme

cargo de lo que habéis dicho, os engañáis..... ¿No me habéis oído decirlo que os retiréis?..... ¡Esa es la puerta!.....

A estas insultantes palabras, la pobre mujer comenzó á verter un torrente de lágrimas: creyó que iba á ahogarse de dolor; mas repentinamente una noble cólera se apoderó de ella, y volviéndose hacia Madame Valburg, le dijo, irguiendo la cabeza:

—¡Ah, señora! No os bastó mandar á vuestros lacayos maltratar á una madre infortunada; era preciso que vuestra misma boca la insultara en su desgracia, y que acabárais por arrojarla á la puerta como á un perro!..... ¿Habéis, pues, olvidado vuestra propia historia? ¿No os acordáis ya que vuestro marido era mi hermano, y que la mitad de las riquezas de que gozáis me ha sido injustamente arrebatada? ¿Sabeis también, mujer orgullosa, que no poseéis nada en el mundo, y que no hacéis más que percibir las rentas de una fortuna á la que yo tengo más derecho que vos, y de la que no podéis consideraros heredera, porque en un momento inesperado puedo yo recobrarla?

Madame de Valburg que, aturdida con la rabia que sentía se había dejado caer en un asiento, se levantó vivamente, y exclamó con una voz temblorosa:

—¡Insolente! ¿Qué infame calumnia os atrevéis á proferir?

—¡Calumnia!—replicó la otra:—¡Calumnia!..... ¿El testamento de mi tío, no nos instituíó sus herederos á mi hermano y á mí? ¿No habéis excitado á mi hermano con vuestros pérfidos consejos, á privarme de la parte que me pertenecía?..... Sí, así es como han pasado las cosas, y en los últimos días de la vida de mi tío, vos y mi hermano habéis tomado posesión de su casa y de sus bienes; habéis tenido valor para decir que él no quería verme, cuando ha muerto llamándome su hija querida..... ¿Qué mal no habréis dicho de mí, señora; qué calumnias no habréis acumulado sobre mi nom-

bre, para haber arrancado á mi excelente tío un segundo testamento y despojarme de todo lo que su cariño me destinaba?..... Oh! todo lo he sabido; porque he perdonado á mi hermano en su lecho de muerte, y me he reconciliado con él..... ¡Pobre hermano mío! ¡fué más débil que culpable!..... Vos sólo sois, señora, la que me habéis traidoramente robado, y el odio cruel que nos mostráis, es una alta prueba de ellol.....

El furor de Madame de Valburg llegó á su colmo, la sangre encendió sus mejillas, y su cólera estalló en amenazadoras invectivas:

—¡Cómo! ¿Despojaros..... á vos?..... ¡Qué insolente sois!..... ¡Salid al instante de mi casa, ó hago, como lo habéis dicho, que os arrojen á la puerta como á un perro!..... ¡Y os atrevéis á venir á manchar mi casa con vuestras calumniadoras acusaciones!..... ¡Salid, os digo; de grado ó por fuerza, este campanillazo os hará dejar este lugar!.....

—Callaos,—exclamó la joven con dignidad tranquila;—no añadáis la violencia á la injuria. Y no creáis que pienso arrancaros con mis reproches lo que habéis rehusado á mis súplicas, no: podéis arrojar delante de mí montones de oro, que yo no tocaré porque se mancharían mis manos..... ¡Guardad vuestro dinero y vuestros vicios!..... Yo sufriré; pero en mis dolores, tendré á lo menos la satisfacción de poderme estimar mejor y más grande que una noble dama que no ha mirado un crimen en sumergir á toda una familia en la miseria!.....

Madame de Valburg no se sintió capaz de responder á los reproches de su acusadora; solamente la expresión de sus ojos revelaba su reconcentrada rabia. No obstante esto, no se atrevió á sonar la campanilla por el temor de provocar un escándalo más grande, y siguió escuchando á la joven.

—No olvidéis,—decía ésta,—no olvidéis los términos del testamento de mi tío: todos sus

hienes, que hoy veis como el porvenir de vuestros hijos, volverán á los míos, si los vuestros mueren primero. Así es que, si Dios quisiera, aun podría yo, viviendo vos, poseer vuestras riquezas.

A estas palabras, una sonrisa de ironía se dibujó en los labios de Madame de Valburg, como si se viera libre de un gran peso, y con voz firme exclamó:

—Mujer, perdéis la cabeza; no tenéis, en verdad, sentido común, y ahora que lo conozco, os perdono vuestras locas injurias. ¿Esperáis, pues, en vuestro extravío, que vuestros miserables hijos puedan vivir más largo tiempo que los míos, que gozan de una bella y floreciente salud?..... ¡Eso es disparatar!.....

—Señora,—respondió la infortunada madre:—el que lee en el fondo de los corazones, allí ve mis deseos, y sabe que yo cometería un crimen imperdonable en desear la muerte de alguno de vuestros queridos é inocentes niños. Oh! no: que el cielo os conserve una numerosa posteridad. ¿Pero creéis imposible, señora, que Dios haga justicia á los ricos y los felices de este mundo, así como la hace á los desgraciados?..... Mas no temáis nada por vuestros hijos. ¿No los amáis con toda el alma?... Yo, pobre madre como soy, con frecuencia he visto llena de terror, enfermos y agonizantes á mis dos hijos, porque tengo miedo al azote que el cielo nos ha enviado, la terrible peste que se extiende sobre la tierra como un inmenso sudario.....

Madame de Valburg se había calmado desde que la joven había cesado en sus acusaciones, y respondió con tono burlón:

—Vosotros los que tenéis miedo, los que sois pobres de espíritu, habláis siempre de Dios. Acaso el hacer esto, es para vosotros un fácil consuelo; pero en el fondo, no cambia eso en nada las cosas. Mis hijos, creedlo, no morirán pronto.

—¡Señora!—exclamó la otra con exaltación;

mas reponiéndose luego, continuó así:—Hermana mía, no blasfeméis de Dios. Hace pocos meses vivían muchas familias, de las que la peste ha hecho desaparecer hasta el nombre.

El acento profético de estas palabras causó un profunda impresión en Madame de Valburg, que palideció y dijo con voz llena de emoción:

—¿Cuál peste?..... ¿Qué queréis decir?.....

—¡Oh, señoral! Vuestros hijos no tienen mucha parte en vuestros afectos, porque si la tuvieran, ya muchas veces los hubiérais ocultado entre vuestros brazos para preservarlos, si así fuera posible, del cólera.....

Un temblor repentino recorrió todo el cuerpo de Madame de Valburg, en cuyo rostro aparecieron visibles muestras de espanto; pero bien pronto, como si se hubiera sentido avergonzada de una emoción que consideraba como un signo de debilidad, se repuso; después, mostrando la puerta y agitando la campanilla, dijo:

—Os lo pregunto por última vez..... ¿queréis, ó no, salir de mi casa?..... Estoy cansada de oír vuestras lamentaciones, y os ruego que os retiréis, si no queréis que os arrojen de aquí. Y no volváis nunca, porque mi puerta estará cerrada para vos.....

—Sí, me voy, señora..... ¡adiós, y no olvidéis mis palabras!.....

Y la joven salió de allí meditabunda y triste.

Cuando Madame de Valburg se vió sola, no pudo, por más asfuerzos que hizo, arrojar de su espíritu la atormentadora idea del cólera; las palabras de la joven resonaban aún una á una en sus oídos, y la hicieron esta vez sumergirse en profundas reflexiones. A pocos momentos llamó con la campanilla, pero viendo que el criado no había acudido al primer llamamiento, llamó por segunda vez. Al fin apareció Pedro; pero tan extraña era su actitud, su rostro estaba tan pálido y sus movimientos eran tan temerosos, que al verlo Madame de Valburg arrojó un grito y exclamó:

—¡Oh, Pedro! ¿Qué pasa? ¿por qué estáis tan pálido?

—Señora,—respondió el criado con voz triste,—no tengo ánimo para deciros la desgracia que nos amenaza.....

—Hablad, Pedro, hablad pronto, os lo mando!—dijo Madame de Valburg interrumpiéndolo.

—Señora, el cólera está aquí cerca, en casa de M. Tesseniers: ya su hijo Victor ha muerto..... ¡y esta mañana lo he visto bueno, me ha saludado!.....

Esta horrible noticia arrancó todas las ideas mundanas del corazón de Madame de Valburg, en quien el amor maternal despertó de súbito, apoderándose de ella enteramente: juntó entonces ambas manos y exclamó:

—¡Oh, Dios mío, mis hijos!..... Pronto, Pedro, traedme mis hijos..... Haced venir aquí á la criada que cuida de ellos y á la camarista.

—Señora,—respondió el criado con más tristeza aún,—vuestros hijos se hallan en el jardín, y parece que están perfectamente; voy á traerlos. Pero en cuanto á vuestras criadas, debo deciros que de tal manera las ha aterrorizado la cocinera con sus lamentos, que sería inútil ir en su busca: todas han huído de vuestra casa.....

Fácilmente se comprenderá el dolor y la cólera que sintió Madame de Valburg al verse privada de los servicios á que estaba habituada; sin embargo, el pensamiento de que sus hijos no habían sido atacados por el cólera, le dió valor. Los niños entraron dando brincos en el salón, felices de que su madre los hubiera llamado; pronto disiparon con sus caricias las sombras de tristeza que cubrían la frente de Madame de Valburg. Esta, sin embargo, había notado que el mayor de sus hijos había sido el último en llegar, lo que no tenía por costumbre, pues siempre llegaba el primero. Madame de Valburg estrechó á sus hijos entre sus brazos con un arrebató de amor que no había

conocido hasta entonces; y no fué sino más tarde cuando fijó su atención en el mayor de los niños, advirtiéndole que una palidez repentina se había extendido por el rostro de éste. Un horrible presentimiento la hizo estremecer.

—¿Estás enfermo, mi querido hijo?—le preguntó.

—No, mamá,—respondió el niño;—pero mis oídos parece que silban..... veo muchas luces delante de mí..... Ah!..... ¡estoy sufriendo mucho!.....

Madame de Valburg se levantó, y corriendo como loca, llamó al criado, que acudió inmediatamente.

—Pedro,—le dijo,—Enrique tiene el cólera..... Pronto, id á buscar un médico..... Enviad aquí todos los que encontréis; sobre todo, no olvidéis á M. Schippers. Buscadme también una mujer..... ¡Oh, Pedro!..... os lo ruego, corred cuanto podáis, que no os dejaré sin recompensa.

El criado desapareció, y Madame de Valburg volvió al lado de su hijo. Mas ¡qué dolorosa exclamación se escapó de su pecho, semejante á un grito de muerte! El mayor de sus hijos estaba tendido en el suelo: sus miembros se retorcan y crujían como si fueran á romperse; sus pies se agitaban convulsivamente, y sus ojos, profundamente hundidos, le daban el aspecto de un cadáver viviente.

Quien hubiera visto á aquella madre arrojarse sobre su hijo y bañar con sus lágrimas el semblante desfigurado del pobre niño; quien la hubiera visto oprimir con sus labios aquellos labios amoratados, y esforzarse por transmitir una parte de su alma en aquel cuerpecito que sufría; quien la hubiera visto levantarse loca de desesperación y correr, con su hijo enfermo en los brazos, al rededor del salón, como queriendo escapar de la persecución de la muerte; y si hubiera oído los gritos lúgubres y salvajes que resonaban en aquella habitación, hubiera dado seguramente la mitad de su vida por salvar á

aquella mujer de sus angustias mortales. Pero no siempre el amor de una madre es un fuerte escudo contra los golpes de la muerte. El niño quedó helado en los maternales brazos que lo estrechaban con pasión; sus mejillas se hundieron profundamente; sus deditos se arrugaron como si hubieran sufrido una quemadura violenta, y sus ojos se empañaron. Sin embargo, no había perdido el aliento ni la inteligencia, porque en medio de sus sufrimientos respondía con caricias al amor de su madre, y exclamaba con una voz vibrante como el cristal: —¡Agu!..... ¡agu!..... ¡tengo sed!

La desconsolada madre corrió á la cocina con su hijo en los brazos y le dió el primer líquido que encontró á la mano; después volvió al salón, en donde la esperaba un dolor más terrible. En su extravío no había oído los gritos lastimeros de sus hijos: no bien los había rechazado, cuando habían corrido de nuevo hacia ella y se habían agarrado á sus vestidos. A Madame de Valburg le parecía que un espectro la perseguía y quería apoderarse de su hijo, y el contacto sólo de sus otros niños la causaba un calor de terror. Sintiendo ya agotadas las fuerzas, se dejó caer sobre la alfombra con su preciosa carga, y ambos quedaron allí, no sin conocimiento, pero sí sin movimiento alguno. Una de las niñas se aproximó entonces á su madre, y dijo con una voz que era más bien un gemido:

—¡Oh, mamá!..... los oídos me zumban..... ¡yo también estoy mala!.....

Madame de Valburg fijó sobre su hija una dolorosa mirada, pasó los brazos al rededor del cuerpo de la niña, la atrajo sobre su pecho, y quedó anonadada entre sus dos hijos enfermos. Los otros se agruparon estrechando á su madre, vertiendo lágrimas y lanzando lastimeros sollozos.

En ese momento apareció á la puerta del salón un hombre vestido de negro: su aparición pareció la llegada de un mensajero de la muer-

te. A la vista de aquella lúgubre escena, el recién llegado inclinó la cabeza, y enjugando dos lágrimas que asomaron á sus ojos,

—¡Desventurados!—murmuró suspirando.

Al oír esta voz Madame de Valburg pareció despertarse; se levantó, y corriendo hacia el médico, cayó de rodillas delante de él, tendió sus manos suplicantes, y exclamó vertiendo un torrente de lágrimas:

—¡Oh, M. Schippers, apiadaos de mí!..... ¡Por el amor de Dios, salvadles de la muerte!..... Mirad, me arrastro á vuestras rodillas, beso el polvo de vuestros pies como una esclava..... Oh! decidme: ¿es verdad que salváis á mis hijos?

El médico se apresuró á levantarla, y rodeando con sus brazos el cuello de Madame de Valburg, lleno de emoción, y como para probarle su cariño, permaneció así un momento: una viva compasión lo agitaba y lo ponía también fuera de sí. Fijó sus ojos en los de la viuda, sin poder hablar ni una sola palabra; pero recobrando su valor, se aproximó á los dos niños enfermos.

—¡Pobre madre!—dijo:—me hacéis llorar cuando tengo necesidad de toda mi sangre fría. Tranquilizaos, el mal no es quizás tan grave como os lo imagináis; esta enfermedad es peligrosa, pero no siempre mortal; y por terrible que sea el estado de vuestros dos niños, me quedan todavía algunas esperanzas.

En este momento el criado entró en el salón en compañía de otro médico. M. Schippers dijo al primero:

—Pedro, conducid á vuestra señora y sus cuatro hijos que están buenos, á otra pieza, lo mas lejos posible de esta..... Señora, esta medida es necesaria..... Id, y no os abandonéis demasiado á vuestros dolores, porque esto podría ejercer una mala influencia sobre vuestros hijos.

Cuando el criado quiso ejecutar la orden del médico y dijo á Madama de Valburg que es-

taba pronto á acompañarla, corrió ésta hacia sus hijos enfermos, los abrazó gimiendo, y exclamó con una voz desgarradora:

—¡Eugenio!..... ¡Virginia!..... ¡adiós para siempre!..... ¡Dios mío, ya no los veré más!...

Vaciló entonces, y hubiera caído, si no la hubiera recibido el criado en sus brazos, llevándola en seguida á otra habitación. Ya en ésta, se dejó caer como inanimada sobre un sillón, inclinó la cabeza sobre su pecho, y no volvió á hacer ningún movimiento, sino para asegurarse algunas veces con la mano, de que sus hijos estaban siempre á su lado. El criado la había dejado para ir á ayudar á los médicos; pero éstos le volvieron á enviar al lado de Madame de Valburg. Se aproximó entonces dulcemente á su señora y separó de ella á la mayor de las niñas, que ya tenía las señales de la enfermedad: se retiró andando sobre las puntas de los pies como un ladrón, esforzándose en no llamar la atención de la madre; pero esto fué en vano. Abrió ella los ojos, lanzó un grito desgarrador, y levantándose violentamente, alcanzó al criado y arrancó de los brazos de éste á la niña.

—¡Clotilde!—exclamó mirando con ojos extraviados á su hija:—Clotilde, mi adorada hija..... tú también quieres abandonarme!..... Oh! yo te libraré de la muerte!.....

Mas sintiendo los movimientos convulsivos de la niña, y viendo que sus ojos se hundían.

—¡Clotilde!—murmuró con el más profundo abatimiento:—¡mira aún otra vez á tu madre, mi pobre hija!..... ah! ¡tú también me dejas, tú en quien yo me he visto retratada!..... ¡Ay de mí! ¡así lo quiere Dios!..... Tomad, Pedro: aquí tenéis mi más querido tesoro!.....

Y volvió al sillón, cayendo en él pesadamente, y prorrumpiendo en amargos sollozos. Después de haber permanecido inmóvil un instante, anonadada, con la mirada fija, pareció volver á la vida, y un transporte interior agitó visiblemente su alma. Repentinamente se levan-

tó, y fué á caer de rodillas, elevando las manos al cielo. La ardiente oración que murmuraron sus labios fué apenas perceptible: las palabras perdón, gracia, vanidad, pecado, se oían mezcladas con sus gemidos. En esos momentos se parecía á la Magdalena arrepentida, y vertía lágrimas de sangre sobre los errores de su vida pasada. Esta oración, esta confesión directamente dirigida á Dios, duró muy largo rato. Al fin se levantó, sufriendo todavía, pero algo más tranquila, y llamó en alta voz al criado, que acudió al instante.

— Pedro, — le dijo, — ¿cómo están Eugenia, Virginia y Clotilde? Hablad, amigo mío, no me ocultéis la verdad.

Por única respuesta el criado derramó un torrente de lágrimas.

— ¡Basta! — exclamó Madame de Valburg con voz sorda: — comprendo vuestro dolor..... ¡Dios lo quiere!..... Hace un instante que al fin he podido someterme á su voluntad soberana. ¡Ojalá pueda yo por este acto de sumisión, merecer su gracia y su misericordia!..... Pero ¡ay! lo presiento, la prueba no ha concluído..... Pedro, amigo mío, os ruego que inmediatamente vayáis con mi administrador: decidle que hoy mismo pague la libranza de M. Soeteveld, que está preso. Tomad también esta bolsa, que contiene algunas piezas de oro: llevadla á Madame Soeteveld, mi cuñada, la que estuvo aquí esta mañana; decidle mi desgracia y mis sufrimientos: ella no rehusará..... la conozco bien.....

El criado tomó la bolsa y desapareció.

Consolada al parecer por la oración, Madame de Valburg se aproximó á los tres niños que le quedaban, y los observó con atención alternativamente. Ningún cambio notó en sus semblantes, y empezó á cubrirlos de besos y caricias con una expresión que hacía traición al extravío á que la había llevado su dolor: se hubiera creído que una loca alegría había disipado repentinamente de su corazón la tristeza. Pero ¡cuán poco debía durar esta alegría! Mientras

que sentada sobre el sillón contemplaba á sus hijos con una voluptuosidad maternal, el terrible cólera había ya escogido allí otra inocente víctima. De repente el pequeño Federico cayó al suelo como una masa de plomo, y con el estertor en su aliento, se agitó en horribles convulsiones; sus pies azotaban el pavimento, y sus miembros se contraían con los más horrosos espasmos. Decir el dolor con que este espectáculo desgarró el corazón de la madre, sería cosa imposible; y difícilmente podrá comprenderse que una mujer pueda soportar estas incesantes torturas, si no se supiera que hay sacudidas y agitaciones que cuando son repetidas, acaban por agotar la sensibilidad nerviosa. Durante algunos instantes Madame de Valburg contempló á su hijo que se arrastraba por el suelo y se carcomía las puntas de los dedos. Inmóvil y como petrificada permaneció aquella angustiada madre. Repentinamente se precipitó sobre su hijo, y apoderándose de él, corrió al salón donde se encontraban los médicos. Al llegar allí, dejó escapar un doloroso grito, y sin soltar á su hijo, cayó sin sentido sobre la alfombra. ¡Pobre madre! Con una rápida mirada había visto los cadáveres de su Eugenio, de su Virginia, de su Clotilde.

Quando, largo rato después, recobró el sentido, se encontró en el salón y sobre el mismo sillón en que antes había estado. Una joven tenía asida una de sus manos y con tierna solicitud se esforzaba en volverla á la vida. Madame de Valburg miró con ojos extraviados por toda la habitación, y trató de reunir sus recuerdos; al ver á su lado los dos hijos que le quedaban, dijo á la joven con una energía que fué creciendo por grados.

— Carolina, yo he sido culpable con vos; sí, culpable de crueldad y de injusticia. Vuestras palabras han sido una predicción; ya lo veis: soy desgraciada, estoy abandonada. El Señor me ha visitado, y me ha herido en todo lo que me es más querido. Espero, sin embargo, que

no me dejará sola sobre la tierra: tal vez, en su bondad, me conceda la vida de uno de mis hijos; pero para esto tengo necesidad de vuestro perdón..... ¡Oh, hermana mía! la venda que me cegaba ha caído..... Decid, ¿me perdonáis el mal que os he hecho?

La joven, que lloraba enternecida, respondió con una voz sollozante:

—¡Oh, señora..... mucho he pedido á Dios por vos y por vuestros hijos; mucho tiempo hace que os he perdonado: comprendo vuestro dolor, vuestras angustias, porque yo también soy madre y amo á los hijos de mi hermano como á los míos..... No, no quiero abandonaros antes de que hayamos salvado á aquellos que puedan ser salvados aún; ambas lloraremos y rezaremos unidas, y acaso el Todopoderoso hará descender sobre nosotros su misericordia. Sí, lo presiento, aún tendréis la felicidad de volver á ver la sonrisa de aquellos por quienes tembláis.

—¡Oh, Carolina! ¡pudiera yo deciros por segunda vez la verdad!..... ¿No veis cómo mi Regina está ya pálida?..... Mas escuchadme sin interrumpirme: Yo no he obrado lealmente con vos, Carolina; es verdad, os he arrebatado la herencia de vuestro tío; he sido una mujer cruel, vana, orgullosa..... ¡el orgullo me había cegado!..... pero la desgracia ha desvanecido con un irresistible poder las tinieblas en que yo estaba sumergida; no soy más que lo que he sido, y hoy sería una felicidad para mí si quisierais darme sinceramente el nombre de hermana. Ahora comprendo también el poder de Dios y los consuelos de la oración; pero no basta todo esto á mi reconciliación con el que me ha castigado..... No puedo volveros los bienes de que os he despojado, porque mis hijos los han recibido por herencia; pero yo les haré conocer que no son los legítimos dueños, y les haré considerar la restitución de esta fortuna como una religiosa obligación. En cuan-

to á mí, desde hoy os declaro que la mitad de mis rentas os pertenece.....

—Oh! ...¡yo no la quiero!—exclamó la joven.

—Os juro delante de Dios,—replicó Madame de Valburg,—que no tocaré más la parte de que me he apropiado injustamente; y os ruego, Carolina, hermana mía, que no rehuséis..... ¿Queréis con vuestra negativa dar más creces á mi dolor?..... Oh! si no imploro de rodillas vuestro consentimiento, es que no tengo fuerzas para hacerlo..... Hablad, Carolina, hablad..... ¿No me respondéis?..... ¡Cuánto cuesta á vuestro generoso corazón aceptar mi ofrecimiento!..... Y bien, no me digáis nada, dadme solamente un beso de perdón y reconciliación, y que Dios sea testigo de que así lo quiero y del consuelo que vais á derramar en mi alma!.....

Las dos mujeres se abrazaron estrechamente, y permanecieron así por muy largo rato.

Esta escena tenía algo de sublime: parecía que el cielo había descendido á la tierra.....

*

Algunos días después, dos mujeres atravesaban con paso lento por una de las principales calles. Una de ellas estaba extremadamente pálida y vestida de luto; la otra parecía más joven y menos afligida. Un niño iba entre ellas, dándoles la mano: entraron á la catedral y se dirigieron á la capilla de la Santa Cruz, situada detrás del altar mayor. La mujer pálida hizo arrodillar al niño ante el altar, al pie del Crucifijo; juntó sus manecitas, y le dijo con voz llena de tristeza:

—Ruega á Dios, Gustavo, ruega por las almas de tus hermanos, y dale gracias porque te ha conservado al lado de tu madre.....

El niño obedeció religiosamente, inclinó la cabeza con piadosa actitud, y dijo con una voz dulce y conmovedora:

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.....!